

10

LA TERTULIA DE DON FIDEL.

Por Roberto H. Todd.

Desde tiempo inmemorial, cuando al fechar una carta en San Juan se escribía "Puerto Rico a tantos de tanto", porque entonces Puerto Rico era San Juan: existía la Farmacia Guillermety, la que más tarde se llamó "La Botica Grande", situada en la esquina de las calles San Francisco y Cruz.

Desde tiempo inmemorial, también existía la que se llamaba "la tertulia de Guillermety", tertulia que, como otras muchas cosas, ha desaparecido. Y eso que la tertulia de Don Fidel, que de las dos maneras se la llamaba, había llegado a constituir casi una institución. Y no vayan ustedes a creer que la tal tertulia consistía de tres o cuatro sillas colocadas en una de las puertas de la botica. La tertulia era al aire libre, en una hilera de sillas, colocadas todas las tardes por Ricardo, el viejo sirviente de la botica, y empezaba en la puerta del zaguan de la farmacia y continuaba en dirección Oeste hasta el zaguan de la casa contigua, donde está hoy la popular tienda de Soy 10 de Umpierre, cuyos bajos los ocupaba Guillermety para almacén.

Decíamos que la tertulia llegó a adquirir las consideraciones de una institución, a tal extremo que llegó a ser el sitio donde había la seguridad de encontrar a toda persona "bien", desde el obscurer hasta las diez de la noche; sobre todo si se buscaba un médico un abogado o un ingeniero. Ese sí: los que formaban la tertulia tenían que pertenecer a un sólo partido político, al partido de don Fidel, al partido liberal-autonomista en tiempos pretéritos y al partido republicano en los últimos tiempos. Aquellas sillas era sagradas, intocables, por otros que no pertenecieran al círculo de los

íntimos de don Fidel.

Recordamos que siendo jovencitos, allá en los tiempos en que la Plaza de Armas levantaba como un metro del suelo, y la rodeaba una verja de hierro, los de mi edad mirábamos con cierta envidia natural a los que formaban la célebre tertulia en aquellos días, pensando, en nuestra ambición juvenil, si algún día ocuparíamos, también, aquellos asientos.

Vienen a nuestra memoria, por haberlas visto muchas veces ^{prestigiando} ~~for-~~ ~~mando~~ en la tertulia de don Fidel, las figuras próceres de don José Julian de Acosta, José de Celis Aguilera, don Pedro Gerónimo Goyco, don José Ramon Becerra, don Manuel Corchado, don Ramon Santaella, el fundador de la Biblioteca Municipal de San Juan. Más tarde a don Salvador Brau, Manuel Elizaburu, Juan Hernandez Lopez, los Doctores Juan y Ricardo Hernandez, el Dr. Fernando Nuñez, Antonio Gutierrez, Dr. Barbosa y Manuel F. Rossy; y ya los americanos en Puerto Rico y ~~ya~~ formado el Partido Republicano, a la tertulia iba todo aquel que figuraba de algun modo en el partido.

Naturalmente, en un grupo de hombres, aunque homogéneos en política, no pueden faltar discrepancias de procedimientos, o bien diferencias en cuanto a la manera de comportarse en ciertos respectos; y así, en la tertulia de don Fidel, sobre todo entre el elemento joven, descollaban unos cuantos don juanes que estaban siempre al asecho de cuanta mujer bonita que tuviese que pasar por frente a la tertulia, desafiando la lluvia de requiebros que seguramente la esperaba. Así resultaba que la tertulia que tenía sus enemigos naturales, pues los adversarios políticos ~~en-~~ ~~ta~~ formaban la suya en la misma Plaza de Armas y en la Farmacia Almazan, en la misma acera de San Francisco al lado Oeste del edificio municipal, se sumaban a los novios, hermanos o maridos de dichas mujeres, y no fué de extrañar que sus quejas trajesen como resultado la escena que vamos a referir:

Allá por el año de 1904 era el que esto escribe Alcalde de San Juan y, como republicano, contertulio de don Fidel. Una noche en que había alguna novedad pública en la Plaza (que ya se llamaba "Baldorioty") y la calle San Francisco frente a la tertulia estaba llena de gente, se acercó un joven oficial de la Policía Insular, recién ascendido, acompañado de un subalterno, y dirigiéndose

a don Fidel, con la mano puesta en la visera de la gorra, le informó que tenía instrucciones de su jefe de mandar a desalojar la tertulia de la acera, porque molestaba el tránsito público.

¡Virgen Santa, en qué lío se ha metido este oficialito! La Tertulia de don Fidel, la niña de sus ojos, mandada a desalojar porque estorbaba, porque molestaba el tránsito público!

¿"Qué dice usted?" le preguntó don Fidel.

El Oficial repitió la orden que había recibido de su jefe.

- "Pues dígame usted a su jefe que proceda como le parezca, que tengo permiso del Municipio para ocupar esta acera y que esta tertulia no se quitará de aquí" (No había tal permiso.)

El Oficial de la Policía, prudente, se retiró sin replicar.

Al día siguiente se reunía el Concejo Municipal y a instancia del Alcalde, se adoptó una Resolución autorizando el uso de la vía pública para la tertulia de don Fidel, haciéndole mención de la larga historia de aquella institución. (Esta Resolución era, naturalmente, ilegal, pero nadie la atacó y quedó subsistente.)

Otra noche se discutía en la tertulia, como siempre, la cuestión del día. Parece que se trataba de alguna intentona revolucionaria en algún país latino-americano y el que llevaba la voz cantante criticando la tendencia revoltosa de algunos países de América, decía: "por eso no quiero la independencia de mi país, para que no exista esa bayoya. Aquí no estamos para que una mañana nos levantemos y leamos en los periódicos lo siguiente: "Anoche se sublevó en los campos de Cataño, el Coronel X con cincuenta hombres," y aquí mencionó el nombre de uno de los contertulios, joven entonces algo revoltoso y exaltado.

++ "Oiga usted, señor," le interrumpe X- "usted se equivoca; en ese caso dirían los periódicos: Anoche se sublevó el General X. ¿Qué es eso de Coronel?"

Don Fidel vivía en los altos de la Farmacia y una noche se marchó, como de costumbre a las diez. Los que quedamos en la tertulia estábamos entretenidos en nuestra conversación cuando oímos la voz de don Fidel, desde sus habitaciones, gritando ~~en~~ estentoreamente: ¡Socorro! ¡Socorro! Naturalmente, todos nos dimos prisa por acudir en ayuda de nuestro amigo, cuando, al llegar a mitad de las escaleras y preguntamos a don Fidel, quien se hallaba frente a la puerta de su piso, qué le pasaba. Nos contestó que nada. "¿Y esos gritos de ¡Socorro! ¡Socorro?"

"Llamaba a mi amigo don ^{Vergilio} Socorro que acababa de bajar las escaleras" nos contestó don Fidel.

La tertulia de don Fidel, como otras muchas cosas, ha desaparecido. Murió Guillermet, pasó la Farmacia a otras manos, vinieron otras costumbres y se disgregaron los últimos contertulios. Aquella tertulia célebre, que había subsistido por más de medio siglo y se había convertido en institución, en algo de nuestra vida, necesidad de nuestra existencia, desapareció sin ruido, sin alboroto.

Y es que todo lo humano muere, irremisiblemente.